

EL CAPITALISMO COMERCIAL Y SU TEORÍA

Eric Roll

LA DECADENCIA DEL ESCOLASTICISMO

Todo estudio de la teoría mercantilista debe ir precedido de una exposición de los cambios que condujeron desde la economía feudal particularista hasta el desarrollo del comercio entre estados-naciones grandes, ricos y poderosos. La historia de esos cambios ha sido narrada muchas veces. En la desaparición del mundo medieval operaron gran número de factores. La aparición de los estados nacionales, impacientes por destruir tanto el particularismo de la sociedad feudal como el universalismo del poder espiritual de la Iglesia, dio por resultado un interés mayor por la riqueza y la aceleración de la actividad económica. El relajamiento de la autoridad doctrinal central, producido por la Reforma, y los progresos del concepto de derecho natural así en la jurisprudencia como en el pensamiento político, prepararon el terreno para un punto de vista racional y científico respecto de los problemas sociales; y la invención de la imprenta creó nuevas posibilidades de intercambio intelectual. El feudalismo también resultaba inadecuado para regular la producción. La revolución en los métodos de cultivo agrícola destruyó las bases de la economía feudal, provocando la sobrepoblación rural, una conmutación creciente de los tributos feudales, el aumento de las deudas de los señores feudales y su necesidad de recurrir al comercio y a nuevos métodos agrícolas para surtir el mercado. Otro factor poderoso fueron los descubrimientos marítimos, que produjeron una expansión enorme del comercio exterior.

Esos dos procesos estaban íntimamente ligados entre sí. En Inglaterra, por ejemplo, donde puede observarse con más claridad el desarrollo del capitalismo, el crecimiento del comercio destruyó la agricultura de consumo, obligándola cada vez más a acudir al mercado. Así se aceleró grandemente el movimiento de cercamiento, quizá el fenómeno económico más importante de la baja Edad Media y comienzos de la Moderna. A veces tuvo por objeto dar mayor alcance a los nuevos métodos de cultivo; y otras convertía las tierras afables en pastos, con las consecuencias que han descrito a menudo los historiadores sociales. En uno y otro caso, hizo a la agricultura más dependiente de las necesidades de los grandes mercados y del capital mercantil que los dominaba. El crecimiento del comercio exterior aceleró la acumulación del capital comercial. Este capital se invertía con bastante frecuencia en tierras, por razones de lucro, para buscar poderío político o simplemente por prestigio, mientras que entre los aristócratas terratenientes tenía lugar un movimiento contrario. Los enlaces matrimoniales completaron la unión entre el capital financiero, el capital comercial y los poseedores de bienes raíces.

A la revolución comercial acompañaron ciertos cambios en la organización de la producción. Se inició una nueva etapa en la que el capitalista mercader dominaba el proceso productivo, que realizaban pequeños artesanos. Las ganancias del mercader eran producto del monopolio y de la extorsión. En esta fase, el dominio del capitalista mercader fue absoluto. Pero esta fase evolucionó inevitablemente hacia una forma primitiva de capitalismo industrial: la producción a la orden o sistema *Verlag*.^{*} Entonces apareció una clase especial de manufactureros-comerciantes que empleaban a artesanos semi-independientes que trabajaban en sus casas. Esta clase se reclutaba entre los capitalistas mercaderes y entre los artesanos, y sus intereses eran opuestos a los de los capitalistas "puramente" comerciantes, que monopolizaban el comercio al por mayor y el de exportación. El siglo XVII presenció la rivalidad entre esos dos métodos de producción: el capitalista comercial y el capitalista industrial incipiente. En aquel siglo (en cierta medida se advierten signos de esto ya en el anterior) empezó la producción fabril mediante el empleo de fuerzas inanimadas, y con ella el capitalismo industrial en pleno.

La gran importancia del comerciante en esta fase la revelan no sólo sus funciones en la producción, sino que la manifiestan también los métodos del comercio interior y exterior, y la posición social y política de quienes se dedicaban a él. El monopolio era el medio más importante por el cual los estados-naciones incipientes trataban de aumentar el comercio y crearse fuentes de ingresos. Al comerciante que deseaba establecer una manufactura determinada le parecía el mejor camino posible tener el monopolio en aquel ramo. La tradición del pensamiento medieval era favorable al privilegio minuciosamente definido y, cosa aún más importante, el monopolio en sí mismo era una forma necesaria de comercio en una época en que eran igualmente grandes la pasión por la aventura y los riesgos. Si, entretanto, la corona imponía un tributo, se le consideraba como un gasto necesario para fortalecer una institución que protegía los intereses comerciales.

En la producción y el comercio nacionales, los comienzos del capitalismo industrial condujeron a campañas ocasionales contra los monopolios. Pero los argumentos contra éstos eran argumentos *ad hoc* dirigidos contra un propietario determinado cuyo privilegio se quería suplantarlo. El capitalismo industrial incipiente no era contrario al monopolio; se oponía solamente a los monopolios que favorecían a los capitalistas mercaderes. Después de haber suplantado a los antiguos los nuevos intereses se convertían con frecuencia en defensores del monopolio. Sobre todo en la primera mitad del siglo XVII, la agitación antimonopolista se debió a la lucha entre los *Verleger* y los grandes capitalistas mercaderes. Hasta fines del siglo XVIII (y entonces aún sólo en Inglaterra) no fue plenamente antimonopolista el capital industrial. Ya no necesitaba un monopolio legal, puesto que los nuevos métodos de producción, requerían de medios costosos, le daban una ventaja decisiva en la competencia. Y se mostraba ansioso por eliminar todos los obstáculos que se oponían al uso de técnicas nuevas.

En el comercio exterior, durante mucho tiempo se ofreció aún menos oposición al régimen de monopolio. A lo largo de los siglos XVI y XVII encontramos a las grandes compañías comerciales privilegiadas que monopolizaban el comercio con regiones diferentes; ellas fueron las primeras que usaron en gran escala la organización por acciones, típicamente capitalista. Entre los grandes monopolios comerciales de aquel tiempo se cuentan los Mercaderes Aventureros, la Compañía de la Tierra de Oriente, la Compañía Moscovita y la Compañía de las Indias Orientales, que era la más importante. El comercio que efectuaban estas compañías y los mercaderes independientes era todavía, en gran parte, un comercio de intermediarios. Se dedicaban al mismo comercio de *entrepôt* que había enriquecido a Genova, Venecia y Holanda. Este negocio de acarreo muestra la naturaleza del capitalismo comercial en su más pura esencia. Sin embargo, no tardó en complicarse con una forma más avanzada de comercio que implicaba la exportación de las manufacturas mismas del país.

La colonización se convirtió en un arma importante para mitigar los azares del comercio. Rara vez fueron suficientes los esfuerzos de los comerciantes y de las compañías para conseguir el dominio de las lejanas regiones con las cuales comerciaban, y tenía que complementarlo el poder del estado, a cuyo fortalecimiento contribuían en tan gran medida. Los vínculos entre los intereses comerciales y el estado se estrecharon más, por lo tanto, y la atención de la política estatal se concentró cada vez más en los problemas del comercio. Sintomático de esta unión entre el capital comercial y el estado es el prestigio de que gozaban algunos comerciantes. Todas las grandes figuras de las compañías comerciales, a las que en breve conoceremos como corifeos del pensamiento económico de su tiempo, fueron personas de gran influencia política. Por ejemplo, Cockayne (uno de los jefes de la Compañía de las Tierras de Oriente y acreedor de Jacobo I) usó su influencia con el rey para modificar la reglamentación del comercio de paños a fin de arruinar a los Mercaderes Aventureros. Misselden, señalado mercantilista, llegó a ser miembro de un comité permanente para investigar la decadencia del comercio, comité que más tarde se convirtió en el *Board of Trade*, o sea el Ministerio de Comercio. Cuando Sir Josiah Child defendió a la Compañía de las Indias Orientales, señaló que las compañías por acciones habían unido a aristócratas y comerciantes; y cuando Mun, el más destacado de los mercantilistas, escribió su panegírico de las actividades del comerciante, no hizo sino expresar en forma extrema un sentimiento muy generalizado.

La evolución económica que hizo poderoso al comerciante destruyó también instituciones y modos de pensar que podían haber interceptado el camino a la expansión comercial. Es notable, en particular, la transformación que experimentan los restos del pensamiento social que se derivaba aún del dogma religioso. Como eco del debate sostenido en una época anterior y más propicia, las disputas entre teólogos, y entre teólogos y pensadores seculares, volvieron a versar sobre los problemas del dinero y de la usura; pero se ahonda la diferencia entre el punto de vista religioso y el secolar: decae la importancia del primero mientras aumenta la del segundo. El énfasis del debate se desplaza a otros asuntos, y aunque, según veremos, aparezcan a veces opiniones curiosamente anacrónicas, ya no son los mismos los que inspiran a los principales protagonistas de la discusión económica.